

¿Es una sociedad hedonista la que causa el auge de las adicciones?

Reflexiones psicosociales sobre el adicto y la sociedad de consumo

*Alejandro Klein**

Resumen

¿Es una sociedad hedonista la que causa el auge de las adicciones? No estemos tan seguros... Como hay diversos indicios, podemos pensar que si esta sociedad se caracteriza por algo es por el displacer, el malestar y el desvalimiento. Entonces, lo descripto como hedonismo ¿es un exceso de placer o es, más bien, una compensación ante el exceso de displacer? Y de allí esta otra interrogante: ¿los jóvenes se drogan tan sólo por enfermedad mental, sólo por patología? ¿No existe algún tipo de facilitación en el hecho de que la droga se acopla a una estructura social donde el futuro está abolido, denigrado, desvalorizado? ¿Dónde lo único que queda es el ya y lo inmediato? ¿No será que la adicción es más bien una figura de mediación, tanto subjetiva como social, donde colapsa la capacidad mental para tolerar y elaborar el conflicto, lo que se entrelaza a la incapacidad de anticipación social? Y, finalmente, en el campo de las adicciones: ¿hay ausencia de conflicto o más bien distintos tipos de exceso que vuelven imposible la capacidad de contención y elaboración subjetiva y social?

Palabras clave: adicciones, conflicto, estructura social.

* Profesor-investigador de la División de Ciencias Sociales, Universidad de Guanajuato; <alejandroklein@hotmail.com>.

Abstract

Is a hedonistic society that causes the rise of addictions? We're not so sure... Not little evidence, makes us to think that the society is characterized by displeasure, discomfort and helplessness. So, what is it described as excessive hedonism or pleasure is rather a compensation to the excess displeasure? And there is another question: Do young people take drugs just by mental illness or just for pathology? There is not some kind of facilitation in the fact that the drug is coupled with a social structure where the future is abolished, denigrated, devalued? Where the only thing left is the right now and the immediate future? Could it be addiction a figure of mediation, both subjective and social, which collapses the mental capacity to tolerate and developing the conflict, which is intertwined with the inability of social advance? And finally, in the field of addictions: there is not conflicts or rather different types of excesses that make impossible the capacity to containment subjective and social developments?

Keywords: addictions, conflict, social structure.

Para recategorizar lo adictivo

Muchas veces el campo de lo adictivo suscita explicaciones simplistas que más que explicar obturan. Desde aquí, muchas veces lo que se describe como patología refiere probablemente más bien a nuevas formas, inéditas de subjetividad. Por otro lado, ¿las adicciones no rompen definitivamente el límite entre lo sano y lo patológico? ¿O acaso seguiremos insistiendo ingenuamente en que sólo los jóvenes que consumen cocaína son adictos? ¿No existe ya suficiente información como para aseverar que también existe la adicción al alcohol, al cigarrillo, la televisión? Se nos dice que esta categorización –lo adictivo– debería usarse sólo ante cuadros de compulsión; y sin embargo, esta explicación ¿convence realmente? ¿Dónde está el límite entre lo compulsivo y lo no compulsivo?

Si nuestra ética, como cientistas sociales y de la subjetividad, es la ética ante el sufrimiento del otro, ¿podemos aseverar que todas

las personas con conductas adictivas sufren por ellas? ¿Estamos tan seguros de eso? Antes que reaccionar con horror ante la sustancia, ¿nos preguntamos fehacientemente sobre el deseo del sujeto? ¿Acaso no hay consumidores de sustancias que pueden ser tan equilibrados, como el que consume coca colas diariamente?

Sin caer en la burda dialéctica de qué es primero, “el huevo o la gallina”, reflexionemos sobre si la conducta adictiva, además de ser patología o construcción de subjetividad, no es también un negocio. Un fabuloso y exitoso negocio. ¿O acaso el narcotráfico, junto con la industria farmacéutica y la industria armamentista, no son de las tres industrias que generan más ganancia dentro del mundo capitalista?; donde las crisis al parecer producen empobrecimiento, por un lado, pero también crean diversas formas de enriquecimiento, por otro. Entonces: ¿males sociales o estructuras sociales? ¿Acaso podemos ignorar que una de las primeras causas de muerte en los jóvenes es por psicofármacos?, pero, acláremoslo, esos psicofármacos que usaron también sus padres, abuelos, tíos. Entonces, mientras el imaginario social se desespera por situar al toxicómano en un lugar marginal de borde, una y otra vez el toxicómano es reenviado al centro mismo de la cultura en la cual convivimos todos.

Evitemos claramente los juicios de valor, las actitudes de condena; así pues ¿cómo ignorar que el uso de determinadas sustancias va asociado casi indefectiblemente a cuadros de pobreza, pésimas condiciones de vida, configuraciones familiares vapuleadas por situaciones de desempleo y carestía? Preguntas y reflexiones. Reflexiones para poder entender el laborioso y a veces fracasado camino de las políticas públicas con que se encaran por lo general estos temas.

Ha pasado ya un buen tiempo, desde 1996, cuando la película *Trainspotting*, salió al mercado y escandalizó a la prensa con la historia de un grupo de heroinómanos de Edimburgo. El siguiente monólogo es el que abre la famosa y controversial película, dirigida por Danny Boyle, basada en la novela del mismo nombre, escrita por Irvine Welsh:

Elige la vida. Elige un empleo. Elige una carrera. Elige una familia. Elige un televisor grande que te cagas. Elige lavadoras, coches, equipos de

compact disc y abrelatas eléctricos. Elige buena salud, colesterol bajo y seguro dental. Elige hipoteca a interés fijo. Elige un piso piloto. Elige a tus amigos. Elige ropa deportiva y maletas a juego. Elige pagar a plazos un traje de marca en una amplia gama de putos tejidos. Elige bricolaje y preguntarte quién coño eres los domingos por la mañana. Elige sentarte en el sofá a ver teleconcursos que embotan la mente y aplastan el espíritu mientras llenas tu boca de puta comida basura. Elige pudrirte de viejo cagándote y meándote encima en un asilo miserable, siendo una carga para los niñatos egoístas y hechos polvo que has engendrado para reemplazarte. Elige tu futuro. Elige la vida... ¿pero por qué iba yo a querer hacer algo así? Yo elegí no elegir la vida: elegí otra cosa. ¿Y las razones? No hay razones. ¿Quién necesita razones cuando tienes heroína?

Monólogo que trasunta el desencanto generacional ante valores que se creían garantes de la felicidad y que, sin embargo, se han vuelto inaccesibles, por no decir incomprensibles o imposibles. Janin (1997) trabaja justamente la problemática de las drogas desde una óptica social; analiza cómo las palabras del adolescente drogadicto revelan la disyunción de un contexto social: o se es “un ganador” o no se es. En lugar de proyectos, hay un “ya” demoleedor donde, a la dificultad de tramitar duelos, se une la imposibilidad de alcanzar socialmente lo que la cultura impone, aun como ideales sociales (Merton, 1964).

La disyunción que indica Janin es el: “Quedás afuera del mundo”, en relación con lo que Lewkowicz (2004) indica como el estar dentro o ser un insignificante, lo que a su vez Castel (1997) presenta como los inintegrables. Ciertamente se trata de una crisis ética, pero también de la concientización de la pérdida de legitimidad del porvenir y la promesa social (Klein, 2006). Seguramente, el objeto-droga tiene tanto que ver con un sujeto-droga como con una sociedad perpleja y confusa en las respuestas y oportunidades que brinda a sus adolescentes (Uribe, 2011).

Intolerancia a la frustración, intolerancia al duelo

En ese sentido, llama la atención, epidemiológicamente, la frecuencia de pérdidas sin elaborar o mal elaboradas en toxicómanos adolescentes:

Con frecuencia encontramos viajes, expatriaciones, emigraciones –todas dolorosas– en la historia familiar [...] la toxicomanía sería la consecuencia de un duelo por la tierra de origen no hecho por sus padres [...] También se puede destacar la frecuencia de las situaciones en que los ascendientes fueron realmente dañados, lesionados en su cuerpo [...] el importante grado de no elaboración de los duelos personales o familiares da origen a intentos de resolución de esas pérdidas que, en todos los casos, no pueden alcanzar una introyección lograda (Hachet, 1997:114-115).

De esta manera Hachet señala:

Algunos hechos sociales parecen confirmar estos elementos familiares. El recrudescimiento de la toxicomanía va a la par con el de los duelos colectivos no realizados... Nuestra tendencia personal a escamotear el duelo y su trabajo nos hace intolerantes cuando se trata de reconocerlo o de acompañarlo en otro. Quizá sea también esto lo que los toxicómanos tienden a negociar viviendo peligrosamente. [Anteriormente] la muerte no sufría un proceso de represión colectiva tan marcado como hoy. Entonces lo reprimido era la sexualidad. En el curso de nuestro siglo, estos dos términos se han invertido: la sexualidad ha llegado a ser sumamente libre y la muerte sufrió una denigración casi psicótica (1997:113-118).

Podría efectuarse una presentación más compleja del tema. Parecería que la intolerancia a la frustración, que deriva en el vínculo adictivo, es facilitada por la intolerancia al duelo entendido aquí no desde lo psicoanalítico sino en tanto que implica evitar del dolor y, por ende, niega la memoria y el transcurrir entre generaciones. Esta falta de duelo se relaciona con una dificultad en el proceso de mentalización (Fonagy, 1999, 2000), debido al cual ciertamente no puede aplicarse

aquí el modelo clásico psicoanalítico del síntoma, como formación de compromiso, sino que estamos ante situaciones de ausencia, de vacío.

El encapsulamiento en el “instante” (y probablemente el objeto-droga representa un presente compulsivo y repetitivo fuera de la linealidad de la historia colectiva e individual) hipercondensa el narcisismo inexplorable de secretos familiares, el vacío de una actividad mental siempre insuficiente y la inmediatez de una experiencia que se correlaciona con experiencias sociales de precariedad y perplejidad.

Sin embargo, esta misma “hipercondensación” lleva a rechazar la idea, un tanto simplista, de que “la toxicomanía sería *la* consecuencia de *un* duelo”, como si una situación clínica (o un cuadro para aquéllos que así lo prefieran) se pudiera reducir a una causa o una sola explicación. Por el contrario, da la impresión de que nos encontramos ante muchas variables en juego, algunas de ellas en relación con duelos no resueltos, pero también otras en relación con formas de organización psíquica, además de variables relacionadas a determinadas configuraciones familiares y sociales.

De esta manera, Hachet encuentra que la toxicomanía revela una tentativa de apaciguamiento y de resolución del dolor psíquico y físico, “en relación a la dependencia psíquica de la imago deteriorada de los padres o de los abuelos que el fantasma cuida [...]” (1997:119). En tal sentido apunta que:

Epidemiológicamente, se observa que sólo 54% de padres de hijos toxicómanos viven juntos, así como hay un entorno de 16% de padre fallecido. Para cerca de 60%, la educación ha corrido por alguien diferente a los padres. 27% no ha sido criado por sus padres. La edad media de entrada a la droga es la adolescencia, lo que le plantea el problema “de dejar, por el amor y el trabajo, a padres deteriorados o rechazantes” (Hachet, 1997:121).

Podría agregarse que no siempre estos padres son rechazantes o deteriorados sino que parecen ser especialmente *ambiguos*, en el sentido de que presentan una especial dificultad para diferenciar amor, de control; y odio, de preocupación, así aparecen no pocas veces prácticas de preocupación como manifestación de odio, lo que en

otro capítulo se expone como “estructura de padres agobiados”. Las expresiones de amor, como demandas de cuidado y protección hacia uno o ambos progenitores, pero desde la temática de la fidelidad y el endeudamiento hace que sea “fiel” a un progenitor y “traidor” al otro, por lo que no pocas veces estos jóvenes aparecen comprometidos en problemáticas de rivalidad, separación y celos entre sus padres. De este modo, es inevitable que surjan en el joven sensaciones de reproche, remordimiento y confusión mental sobre la conducta más apropiada o adecuada ante sus padres o ante la realidad.

Se trata también de nuevas formas de subjetividad que han de responder por qué la pérdida se transforma en desgarró, la separación no puede realizarse y la tensión dolorosa se vive como un intolerable que debe ser anulado como sea. Podemos hablar de patologías del duelo, pero quizá sea más interesante apelar a subjetividades emergentes en las que aceptar el dolor, la muerte, las separaciones, implica “caer” en agujeros psíquicos, *gaps* (Winnicott, 1981) donde se pierde la capacidad de continentación psíquica y de elaboración mental, donde la organización psíquica como tópica, más que organizar, desorganiza.

La droga remite, entonces, a la imposibilidad de hacer duelos, pero en otros casos a modelos de subjetividad, por lo que ya no es necesario hacer duelos y en los que los padres, simultáneamente, son objetos externos e internos, dentro de una situación de “patologización” de los espacios transicionales (Klein, 2006). Modelo correlacionado de forma simultánea con una cultura que elude la frustración y el dolor, tanto como una sociedad que impulsa hacia ellos. Se podría decir que el entorno actual facilita el consumo de drogas (Janin, 1997), pero lo contrario también es cierto: el entorno actual dejó de tener las cualidades de “entorno” y, por lo tanto, se ha vuelto imprevisible.

La imagen del *esclavo*

Una imagen social prevalente del adicto, que es necesario revisar y discutir profundamente, es la de un ser esclavizado, un esclavo que no sabe lo que le pasa, que no tiene voluntad, alguien que está alienado; en definitiva, alguien que no puede responder de sí mismo al haber

abusado del objeto (droga), más allá de lo necesario y requerido.¹ Se trata de un esclavo con un amo: el distribuidor o vendedor de drogas, el *dealer*. Fantástica fantasmagoría del amo-esclavo en una escena sado-masoquista que genera un goce desmedido en sus posibilidades perversas, pues el amo es el ser demoníaco que ocupa la voluntad del otro.

El traficante remeda a la serpiente del paraíso que seduce siempre, porque sabe cómo torcer la voluntad, cómo apartar del “reino de Dios”, o sea del reino de la sociedad comiendo del “fruto prohibido”. En este sentido, la imaginería cruda del drogadicto debe menos al hedonismo del consumo y más, insospechadamente mucho más, a la revigorización fundamentalista donde la prédica sobre la presencia del diablo (del cual tampoco hay que olvidar la versión del “reino del mal” terrorista) le ha vuelto a dar un poder inmenso (Klein, 2009).

Nada que envidiar a los temores medievales pues esta puesta en escena mítica de la escena de seducción luciferina, revela que estamos asistiendo a un montaje social ya no hórdico sino prehórdico (Freud, 1980). Mientras que la horda refiere a la ambivalencia edípica amor-odio, lo pre-hórdico diabólico alude al resentimiento y al remordimiento. Lucifer no puede discutir ni puede entrar en confrontación con Dios padre. No puede reconocer al padre hórdico. Ha sido expulsado sin posibilidad de confrontación. Tan expulsado y huérfano como se sienten estos adolescentes nomadizados, inintegrables y enfurecidos.

Filicidio y parricidio se tornan nuevamente ambiguos pues lo que prima es la renovación desconfiada de la desconfianza: Lucifer desconfía de Dios, Dios desconfía de Lucifer. Padres e hijos desconfían entre sí.

En la modernidad, los sentimientos que se anudan en la familia son el agradecimiento, la esperanza en relación con el porvenir, el augurio de las cosas buenas, mientras que la figura del drogadicto refleja una y otra vez configuraciones familiares de resentimiento, celos, sospecha y paranoia. Las figuras de la negociación se trans-

¹ ¿No es ésta quizá una metáfora del propio consumidor? ¿Una forma de verse en un espejo invertido utilizando la figura del chivo expiatorio? El consumidor es un dios tanto como un trapo, un adicto tanto como una identidad autónoma.

mutan en las de enfrentamiento, las del pensamiento en rumiación, la de negociación en imperativos y la locura se focaliza cada vez más como una locura violenta, loca en su imprevisibilidad, loca en lo poco perceptible que se vuelve.

La metáfora del viaje de drogadicción alude al flotar, al crucero espacial, a la caída sin interposiciones, a la experiencia alucinógena, pero también a una piel que se recorre a sí misma interminablemente. La condición del recorrido es la excrescencia perceptible: colores, imágenes, olores que no significan sino lo placentero, pues el orden semántico se ha vuelto innecesario. Se le ha descrito como una superación de conciencia, un recorrido por el alma, pero probablemente la división consciente-inconsciente poco tiene que ver con esta forma de subjetividad.

Pero así como el viaje es angelical, lo es también infernal: el “descenso” sigue a la “ascensión” y el viaje revela grietas imposibles de rellenar perceptivamente. La nueva etapa del viaje subterráneo, más que angustiar e iniciar un motivo de consulta terapéutica, implica, no pocas veces, el anhelo por la versión trascendente del mundo de los “cielos”. El drogadicto se podrá decir que es un empedernido nostálgico de la huida y de la compulsión, pero no en menor medida responde a una estructura donde lo “neurótico”, lo “normal”, lo “psicoanalítico” se ha vuelto inaccesible, por no decir incomprendible...

En este vaivén del paraíso terrenal a la caída en los infiernos, ocurre también una metamorfosis (Ehrenberg, 1994), asociada a la idea (¿delirante?) de una posible reestructura total de la personalidad. La visión-descubrimiento hacia un “adentro” que es también otra versión del viaje, esta vez hacia los orígenes, incluye el redescubrimiento del “hombre natural” rousseauiano.

El límite entre la vida y la muerte: el viaje

En este sentido, cualquiera de las versiones del *viaje* revelan una estructura ucrónica, fuera del tiempo. Para Giddens (1990, 1997), la modernidad implica un enganche específico entre espacio y tiempo, en tanto que uno implicaba al otro. La expansión del espacio tenía

que ver con la progresión del tiempo; por el contrario, en este caso se genera la sensación de que la expansión espacial (la exploración del mundo interno, la aparición del nuevo cuerpo, la aventura de las experiencias) implica la anulación o por lo menos la detención del tiempo.

Esta detención es un aspecto inédito en tanto muestra la radicalización del límite entre la vida y la muerte. O sea, la vida se vive jugando a estar muerto cuando parece que se está vivo, desde un simulacro donde no se tolera la muerte ni los duelos. Laufer (1996) caracteriza justamente a las adolescencias graves bajo el signo de lo urgente. Lo urgente aquí puede querer significar el riesgo de la destrucción, o el riesgo de la descompensación ante la extinción del tiempo.

El viaje quizá no sea lo patológico en sí. En gran parte es una expresión, una neoversión del poder individualista, tanto como el derecho a la intimidad, propia de la modernidad. Por otro lado, el drogadicto es quizá ambiguo: quisiera otro mundo pero con las mismas reglas de lo ya conocido. Un planeta confortable pero absolutamente reconocible, sin peligros, ni desquicios ni exilios, más que el exilio utópico en el que él mismo se embarca para volver más esclavo que nunca al mundo que él aniquila tanto como restaura.

El drogadicto utiliza las cláusulas propias de la modernidad, no las inventa ni las pergeña por sí. En ese sentido, no es un *outsider* ni un marginal del sistema; por el contrario, en el punto mismo en que es un desadaptado social, podría pensarse, paradójicamente, en que es un adaptado social, en tanto continúa y renueva la lógica del consumo. Ninguna política pública que no tenga en cuenta que el drogadicto no es sino la pseudoretórica metafórica de la ciudadanía, no podrá tener ningún éxito. No se trata de política de prevención pues no hay nada que “prevenir”. A lo máximo, entender más y mejor los meandros, ambigüedades y paradojas de aquello denominado social, aquello denominado sociedad y aquello, tentativamente, denominado subjetividad. Los politólogos podrían contribuir mucho y mejor a este campo que los psiquiatras.

En el vacío fascinante y horrorizante que sigue y precede al “viaje” del drogadicto, existe un vacío también horrorizante y fascinante durante el mismo viaje: la extinción de lo social: ya no hay gobernados ni gobernantes, ya no hay el espacio de lo “común”, sólo el derecho

a la intimidad como una pseudoretórica de la privacidad. El agujero social es el inverso del agujero del drogadicto y es ese agujero el que genera las mayores angustias en el colectivo estatal: el escándalo de que lo social se ha vuelto prescindible, descartable, tan descartable como cualquier otro objeto del consumo.

Doble fuente de lo ominoso: el drogadicto nos informa su voluntad de seguir siendo drogadicto, que no se quiere “sanar” y que además es incurable. Con y desde la drogadicción, el campo de la salud mental comienza a delinear el enfoque de reducción de riesgos, una forma científica de decir que no hay forma de erradicar la drogadicción de los adictos.

Por otro lado, mientras en la modernidad el contrato social era de reciprocidad sujeto-sociedad, en la posmodernidad se postula que el cambio es individual dentro de una política de supervivencia: la sociedad no va a cambiar, tenemos que cambiar nosotros. El modelo económico homeostático ha sido sustituido por el de gestión antihomeostática. La sociedad ya no aprecia, como en los tiempos de la modernidad, las metáforas celulares donde existía un Gran Cuerpo dotado de miles de células (las familias) (Barrán, 1995; Ariès y Duby, 1990); por el contrario, y de eso se trata la fragmentación, aparece un modelo gerencial pero de una empresa al borde permanente de la bancarrota.

De manera parecida, el drogadicto es un superviviente individualista que no forma parte de nada. Como Jesús, hace veinte siglos, demuestra con su “muerte” que cumple con el ciclo de excedente. De la misma manera con su “resurrección” demuestra que finalmente el Mundo no le es indiferente, al menos no tanto como él quería convencernos.

El vacío y las nuevas formas de subjetividad

Probablemente, el terror que siente el burgués frente al drogadicto debe ser muy parecido al terror que sentía el mismo a principios del siglo XIX frente al onanismo del adolescente (Klein, 2002). Una diferencia significativa es que el onanista se transformaba finalmente en un adulto o sea, que el lazo social tenía eficacia. En la posmo-

derinidad, el drogadicto nunca va a ser adulto, no porque sea adolescente, niño o ni siquiera adulto, sino porque corresponde a una nueva modalidad biográfica que no toma en cuenta el decurso etario progresivo sino que es transtérea, anuda de manera diferente niñez-adolescencia-adulthood-vejez.

Por otro lado, tampoco le atañen las formas tradicionales de subjetividad, como la del ciudadano interpelante y la del obrero digno (Klein, 2012); no le interesa ya ninguna interpelación (sino, a lo sumo, el pedazo de placer que le toca) ni cree en ninguna dignidad; dignidades que se han visto, por lo demás, arrasadas en su desarticulación tradicional al trabajo (Castel, 1997).

Quizá se ha indicado demasiado rápidamente que la droga viene a ocupar un vacío. El problema es, como bien lo dice Green (1994), que no se puede investir la ausencia. Pero no investir la ausencia no puede equipararse tan rápidamente a un vacío, sino más bien a que el investimento (Aulagnier, 1994) ya no es parte imprescindible de la vida mental. Lo que hay no es la dificultad de un proceso que genere presencia desde la ausencia, sino la primacía del “instante” como modalidad cognitiva-emocional que hace innecesaria la distinción ausencia-presencia; antes-después; impaciencia-tolerancia a la frustración.

Las observaciones psicoanalíticas alrededor del vacío del drogadicto (que no dejan de ser adecuadas), mantienen como error el suponer que el drogadicto hace uso de estructuras psíquicas ya conocidas, que incluyen el conflicto psíquico y la actividad sintomal neurótica. Quizá se trate de una actividad mental en que la incorporación del objeto no garantiza su permanencia, sino que es expulsado inmediatamente. Ya que si el fantasma (Jeammet-Birot, 1996) ya no es continentador ni apuntalador será necesariamente invasor, y de allí la necesidad de expulsarlo o devorarlo.

Probablemente, el drogadicto al igual que el suicida no se quiera matar, sino que más bien, “psíquicamente”, busca una calma que “socialmente” se le ha vuelto inaccesible. Lo importante es la paz (Laufer, 1996). Durante el *flash* la muerte desaparece. Lo que hay es vida y sus dos posiciones: lo atormentante y lo pacificante. El drogadicto vuelve a la vida luego del *flash*, pero nunca ha estado realmente muerto.

Al agobio le sucede la necesidad ecológica de la playa, el campo, la paz. Si la modernidad era una sociedad adultocéntrica, la posmodernidad es una sociedad tóxico-céntrica. Su carácter toxicológico indica no sólo su lado conservador sino seductor. Los *mass-media* seducen, el cine seduce, internet seduce.

La toxicomanía es un síntoma social por excelencia de la sociedad de consumo

Por lo expuesto hasta ahora cabe revisar el enunciado: la toxicomanía es un síntoma social por excelencia de la sociedad de consumo... Para Lewkowicz (1988) el significativo clave en el modelo de subjetividad del consumidor es el “aferramiento”. Lewkowicz agrega:

El consumidor está producido por una serie de prácticas específicas... el término nuevo de la serie es mejor porque es nuevo. El anterior no cae por haber hecho ya la experiencia subjetiva de la relación con ese objeto en particular sino por la presión del nuevo que viene a desalojar al anterior (1988:74).

Con esto demuestra la existencia de una práctica social concreta enlazada a un discurso social, donde sólo lo nuevo es deseable y apetecible; sólo lo nuevo despierta curiosidad y catectización. Por mi parte agregaría a la idea de Lewkowicz que parece como que lo viejo es lo malo, lo detestable, lo que hay que evitar (Klein, 2010).

Se anula así la capacidad de juicio crítico que refuerza desde otro ángulo la necesidad del instante, ya que este presente continuo hace que se detenga el tiempo y el envejecimiento. Antes que cualquier cosa se deteriore, se substituye. La amenaza no es pues la droga sino el terror al deterioro, que es el terror al fracaso de la ilusión eficaz de una sociedad imaginizada por un “cuerpo” fuerte: hay que mantener joven el espíritu, se dice, renovarse continuamente, ser creativo.

Esto no evita que se instaure un imaginario social de rivalidad permanente: lo nuevo “destierra” lo anterior. Quizá lo importante no sea tanto la inclusión del nuevo, sino la exclusión automatizada de todo... Lo nuevo desaloja y al instante será también desalojado.

El mercado se instala de esta manera como un acto de multiplicación infinita. Allí impone una situación de espera, de expectativa ansiosa de lo que va a venir, lo que a su vez anula el *self*calmo y receptor de noticias de la estructura mental (Bollas, 1991). Se genera un ciclo ansioso permanente ante las liquidaciones anuales, mensuales, navideñas u otras. Las configuraciones neuróticas quedan colapsadas ante una subjetividad que se rige por la desesperación y de allí el pasaje al acto.

El consumidor *consume* placer a través de un objeto idealizado que podría estar en relación tanto con la extinción del objeto (Baudrillard, 2008) como con el objeto único narcisista (Berenstein y Puget, 1988).² Como sea que se presente el objeto, detrás se mantiene algún tipo de promesa de felicidad, de completud, la promesa de sentirse quizá, saciado por lo menos transitoriamente.

Quizá lo que suceda igualmente es que a la cultura del consumo se le contraponen una estructura social empobrecedora y, de ese choque inevitable (Merton, 1964), surgen los rituales del consumo, más que el consumo en sí mismo, como una forma de formación de compromiso. Pues más que consumo hay endeudamiento y más que posesión del objeto existe intercambio fluido de objetos (Bauman, 2007).

Lo curioso es que la sociedad arma un imaginario en el cual el drogadicto aparece como un engranaje sometido a la patología (un esclavo, había dicho) y el consumidor mantiene su capacidad de elección, como prerrogativa de la lógica del consumo (una versión del amo).

Conceptos en transición

Habría que encarar a la droga, la toxicomanía, la experimentación y el abuso de sustancias como términos relativos y por lo menos en transición. Su complejidad deriva de los procesos y matrices culturales e identitarias que he referido, tanto con una estructura simbólica desde la que construimos nuestra identidad en función y en contraste

² De acuerdo con lo que vimos, el usuario de la droga no encuentra en ella necesariamente una promesa de placer, sino la posibilidad de un barrido exploratorio (Elliot, 1995), por el cual se ingiere tanto como se expulsa. Se trata más bien de un consumo negativo.

con un desconocido, lo externo, un chivo expiatorio; figuras que sintetizarían (aunque a veces borrosamente) todos nuestros miedos, nuestras ansiedades, aquello que genera el afuera como exclusión, el temor al descontrol y la paranoia y el deseo de extinción de lo social.

Explicaciones que en realidad no explican definitivamente la fuerza y esa contundencia dentro del imaginario social de ese sujeto a veces denominado drogadicto, otras toxicómano y otras más abusador de sustancia. La terminología científica no hace más que esconder y revelar la fuerza con que encarna todo lo loco y lo peligroso (Barrán, 1995; Ariès y Duby, 1990; Klein, 2002).

No tiene sentido hablar de *uso* de drogas. No delimita un campo ni puede generar investigación específica perdida entre tantos vericuetos inespecíficos. Tiene sólo un poder descriptivo que no es menor. En verdad, probablemente no existe ya diferencia entre uso y abuso de drogas.

Cualquier objeto es una droga, porque la droga es el *nombre* del objeto cuando el objeto pierde espesor mental; es decir, cuando se pierde esa capacidad de caracterización capaz de transformar al objeto en representación, es decir, darle estatus y existencia mental, garantizando un fondo de memoria del mismo.

Así, es posible decir: “La toxicomanía es simultáneamente una historia personal, una historia familiar y una historia social” (Hachet, 1997:113); así también, la intolerancia a la frustración puede relacionarse con la intolerancia al duelo, en tanto se generan condiciones para la negación de la memoria y el transcurrir entre generaciones. El encapsulamiento en el “instante” revela un presente compulsivo y repetitivo fuera de la linealidad de la historia colectiva e individual e hipercondensa nuevas formas de narcisismo (que no necesariamente se han de caracterizar como superficiales), la inmediatez de la experiencia y una sociedad donde lo que se comparte (paradojalmente) no son creencias y normas, sino procesos de enciptamiento (Tisseron, 1995) —es decir, objetos del psiquismo que se mantienen incambiables, como fosilizados— que desmienten tanto como facilitan la tesis “líquida” de Bauman (2007) que refiere a la fragilidad y volatibilidad de los vínculos.

Es también una forma de construcción de subjetividad:

La adicción es una instancia reconocible universalmente porque la lógica social en la que se constituyen las subjetividades hace posible –y necesario– ese tipo de prácticas [...] no interesan aquí los factores sociales que empujan a la adicción de un individuo [...] sino las prácticas sociales de constitución de una subjetividad en la que la adicción sea una posibilidad siempre dada desde ya. [...] Pues es difícil imaginar situaciones sociales en las que no hubiera individuos que excesivamente se aferraran a alguno de los productos ofrecidos por la cultura. La identidad adictiva es el índice de existencia de una sociedad instituida, de donde se deriva que la adicción no sólo es un riesgo de la época sino la amenaza de la época; o más aún, es la amenaza de la época instituida por la época como la amenaza específica de la época (Lewkowicz, 1988:72).

Cabría pensar que hay estructuras sociales que llevan a vínculos pregnantos, los que parecen tanto fascinantes como amenazantes y desde esta perspectiva pueda entenderse uno de los motivos de la perpetuación del presente en el “instante”, en tanto forma de “congelar” lo terrorífico y lo seductor de un objeto que es confuso, más que otorgante de placer.

Conclusiones

El toxicómano a lo que aspira quizá es a la denigración. Cuando la sociedad ubica al toxicómano como un ser del cual nada puede esperarse, pasa a otorgarle los referentes identificatorios que le fascinan tanto como lo alienan. La droga se torna aún más confusional: tanto referente denigrante como un intento de restitución que otorga una identidad alternativa.

La droga está en el objeto mismo y no fuera de él; no es –como generalmente se afirma– el *vínculo* que se hace con el objeto, porque no hay vínculo posible en tanto no hay introyección del objeto, ni al objeto se le contrapone necesariamente un sujeto.

El uso dilemático de la droga no se resolverá englobado por una psiquiatría amable, compasiva y comprensiva (que ha aprendido las lecciones de la antipsiquiatría: Laing y Cooper, 1969; Ehrenberg,

1994), sino que interesa más el uso no dilemático de la droga, aquél que se revela no dentro de un cuadro psiquiátrico o psicoanalítico, sino que emerge en preocupaciones psicosociales en torno del desconcierto, la necesidad de arraigos, la proliferación de las tribus territoriales, la escasez del consumo (que se presenta sin embargo como su contrario) y la franca utopía del hedonismo.

Que *la* toxicomanía sea un síntoma de la sociedad es un abuso retórico de lo unario. ¿Hay acaso *una* toxicomanía y hay acaso *una* sociedad? Ni una cosas ni la otra. Por otro lado, ¿es posible ingenuamente no percibir que la toxicomanía no es sino, en gran parte, una variante del discurso psiquiátrico, tal como brillantemente lo expone Foucault (1976), es decir, más que una variable explicativa, un indicador de disciplinamiento que busca volverse cada vez más omnipresente?

Bibliografía

- Ariès, P. H. y G. Duby (orgs.) (1990), *Historia de la vida privada*, vol. VI, *La comunidad, el Estado y la familia*, Taurus, Buenos Aires.
- Aulagnier, P. (1994), *Los destinos del placer: alienación, amor, pasión*, Paidós, Buenos Aires.
- Barrán, J. (1995), “La invención del cuerpo”, en J. Barrán, *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos*, Editorial de la Banda Oriental, Montevideo.
- Baudrillard, J. (2008), “El éxtasis de la comunicación”, en J. Baudrillard *et al.*, *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona.
- Bauman, Z. (2007), *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós, Barcelona.
- Berenstein, I. y J. Puget (1988), *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*, Paidós, Buenos Aires.
- Bollas, C. (1991), *La sombra del objeto- Psicoanálisis de lo sabido no pensado*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Castel, R. (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Paidós, Buenos Aires.
- Ehrenberg, Alain (comp.) (1994), *Individuos bajo influencia: drogas, alcohol, medicamentos psicotrópicos*, Nueva Visión, Buenos Aires.

- Elliot, A (1995), *Teoría social y psicoanálisis en transición - Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Fonagy, P. (2000), “Apegos patológicos y acción terapéutica”, *Revista Aperturas Psicoanalíticas*, núm. 4, [<http://www.aperturas.org/4fonagy.html>, 2000], consultado el 10 de junio 2013.
- ____ (1999), “Persistencias transgeneracionales del apego: una nueva teoría”, *Revista Aperturas Psicoanalíticas*, núm. 3, [<http://www.aperturas.org/3fonagy.html>], consultado el 20 de junio 2013.
- Foucault, M. (1976), *Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid.
- Freud, S. (1980), “Tótem y Tabú”, en *Obras completas*, tomo XIII, Amorrortu, Buenos Aires [1913].
- Giddens, A. (1997), *Modernidad e identidad del yo*, Península, Madrid.
- ____ (1990), *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Universidad, Madrid.
- Green, A. (1994), *De locuras privadas*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Hachet, P. (1997), “Criptas y fantasmas en toxicomanías”, en S. Tisseron (org.) (1995), *El psiquismo ante la prueba de las generaciones, clínica del fantasma*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Janin, B. (1997), “Adicciones en la adolescencia”, IX Congreso Metropolitano de Psicología: “Niñez y Adolescencia Hoy. Ética, amor y violencia en la constitución de la subjetividad”, Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA).
- Jeammet-Birot (1996), “Estudio clínico-estadístico de la psicopatología de las tentativas de suicidio en el adolescente y el adulto joven”, *Revista de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, núm. 9.
- Klein, A. (2012), “Empobrecimiento, nuevos pobres y viejos pobres. Un palimpsesto de inscripciones borrosas”, *Espiral-Estudios sobre Estado y Sociedad*, núm. 55, pp. 119-155.
- ____ (2010), “Nuevas formas de relacionamiento abuelos-nietos adolescentes desde los cambios demográficos-sociales actuales”, *Psicología Revista*, núm 18.1, pp. 1-25.
- ____ (2009), “Neoliberalismo-neoevangelismo-cambios socio-demográficos. Posibles marcos epistemológicos frente a algunos desafíos actuales en el campo de las ciencias sociales (los paradigmas ambiguos)”, *Acciones e Investigación en Ciencias Sociales*, núm. 27, pp. 69-109.

- ____ (2006), *Adolescentes sin adolescencia: Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*, Psicolibro-Universitario, Montevideo.
- ____ (2002), *Imágenes del adolescente desde el psicoanálisis y el imaginario social. Condiciones de surgimiento de la adolescencia desde la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante desde la pos-modernidad*, Psicolibros, Montevideo.
- Laing, R. D. y D. Cooper (1969), *Razón y violencia*, Paidós, Buenos Aires.
- Laufer, M. (1996), “Entendiendo el suicidio, ¿tiene un significado especial en la adolescencia?”, *Revista de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, núm. 9.
- Lewkowicz, I. (2004), *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Paidós, Buenos Aires.
- ____ (1988), “Subjetividad adictiva: un tipo psico-social históricamente Instituido”, *Malestar en los vínculos* [Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires].
- Merton, R. (1964), *Teoría y Estructura Sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Tisseron, S. (ed.) (1995), *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Uribe Gómez, M. (ed.) (2011), *Los vaivenes de las políticas sociales en Buenos Aires, Colombia, Chile, México y Uruguay: ¿neo o posneoliberalismo?*, Porrúa, México.
- Winnicott, D. (1981), *El proceso de maduración en el niño*, Laia, Madrid.

Recibido el 20 de agosto de 2013
Aprobado el 28 de noviembre de 2013

